

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS

ECO IMPARcial DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.

NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 3º

Madrid Marzo de 1894.

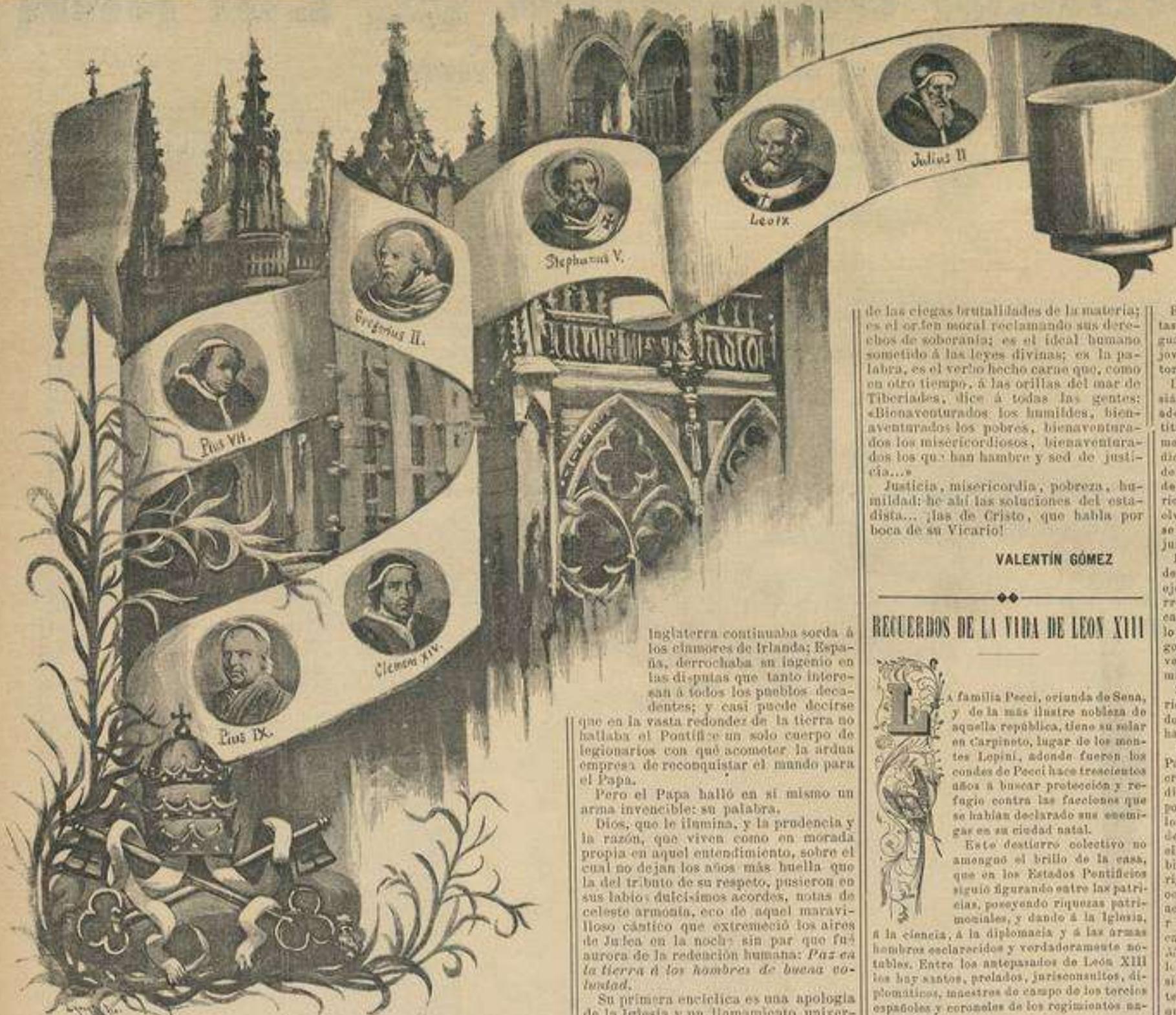
OFICINAS FACTOR-7.



GRONOTIPIA - E. PONTABELLA Y C°

ZARAGOZA

S.S. LEON XIII.



11 DE MARZO.

## LEÓN XIII

CUANDO vemos una turba de niños burlícos que no piensan más que en las cosas menudas e insignificantes de la vida, pocas veces se nos ocurre pensar que debajo de aquellos rostros vivarachos e inocentes está, como la mariposa dentro de la crisálida, la generación de los grandes hombres futuros que han de influir poderosamente en los destinos de la humanidad.

Cuentase que á raiz de la formidable Revolución francesa, entraban las tropas de Bonaparte en un pueblo de Prusia, y huyendo de los horrores del saqueo, un pobrechito niño de siete años, agarrando todo tembloroso de la falda de su madre, escapaba en dirección de la ciudad próxima, buscando al amparo de las murallas un refugio con raíz sangrientas victorias de la bandera tricolor.

Si alguien lo hubiera dicho al gran Napoleón: «Ves ese niño que hay? Pues dentro de setenta años será un viejecillo frío y modesto que atravesará las fronteras de tu imperio, ocupado entonces por un príncipe de tu propia raza, y sin más aparato que el de su poderosa inteligencia y de su admirable previsión lanzara los ejércitos alemanes sobre los ejércitos de Francia; recogerá en Sedán la mitad espada de Napoleón; entrará en París á los acordes victoriosos de las músicas de esos regimientos que te ahora destrazan bajo el casco de tu caballo de guerra, y dará á su rey la corona imperial de los Estados germanicos, en medio de los jardines de Versalles, que parecen reflejo perpetuo de la grandeza de Luis XIV...» Si esto le hubieran dicho á aquel gigante de la fortuna, quizás se hubiera sonreído con desprecio.

Y, sin embargo, así fué. El muchacho que huió se llamaba Moitín.

Algunos años más tarde, el 2 de marzo de 1810, nació un niño en Carpineto, pueblecito situado al pie de los Lepinos.

Cuando el obispo de Anagni derramaba el agua regeneradora sobre la cabeza del recién nacido, no sabía que bajo su santa mano, envuelto en los nobles pañales de la casa de Pecci, hallábase uno de los Pontífices más grandes de la cristianidad; y el propio Napoleón, que en aquellos días tempestuosos se jugaba arbitrio del mundo y de la Iglesia misma, jená lejos estaba de presumir que el niño de Carpineto alcanzaría desde la altura del Vaticano más gloria que él en todas sus batallas, y que mientras su raza, humillada en Sedán, caía de nuevo oscura y miseríamente en un valvaje rincón de la Zulandia, el glorioso descendiente de Pio VI y de Pio VII, sin ejércitos, sin corona, sin

rentas, cercado de enemigos y sin libertad siquiera para poner el pie fuera de su propio palacio, brillaría sobre todas las potestades de su tiempo, como el sol sobre los astros que le rodean, y reinos, imperios y repúblicas caerían asombrados á sus pies, proclamándole el orgullo tutelar de la sociedad contemporánea!

Y, en efecto, así es. El nacido en Carpineto, ochenta y cuatro años ha, llamo hoy León XIII, y su nombre sólo tiene la virtud de despertar en todo entendimiento hourado la idea de la grandeza moral en el más alto punto del ejemplo y de la magnificencia.

Pio IX el Justo, fue el Bayardo de la cristianidad. Soldado valeroso de la fe, héroe de todos los días y de todas las horas en aquella larguísima pelea que empezo con el asesinato de Ros I y terminó con el asalto de la Puerta Pia, el Pontífice de la Inmaculada encumbró en el campo de batalla, herido y traicionado por las ingratatas manos de sus propios hijos, y sobre su cadáver pudo decir la Iglesia lo que Anna ante el de Enriqueta VI en la tragedia de Shakespeare: «Si el honor se habrá encerrado para siempre en este fletro... Imagen triste y belada del más santo rey! ¡Pálidas cenizas de la casa de Lancaster! Restos inanimados de un tronco real... ¡Dójal que vierte el inútil bálsamo de mis lágrimas sobre estas llagas por donde se ha escapado la vida! ¡Oh! ¡Maldita sea la mano que las ha abierto! ¡Maldito sea el corazón que ha tenido el valor de causarlas! ¡Maldita la sangre que ha hecho correr esa sangre!»

Pero la Iglesia, en el silencio de su dolor, volvió los ojos hacia el nuevo castigo de la eterna dinastía, y sus maliciones convirtiéronse en gritos de esperanza. Al lirio muerto sacudía otro caudillo no menos valeroso y magnánimo: el ejército inmortal de Cristo no queda jamás sin jefe que le conduzca á la pelea y á la victoria, y cuando en la defensa de la justicia permitió Dios un Guadalupe, bien pronto surge en Gavaldona el Pelayo que llama á los pueblos á la reconquista de la patria.

Tal fué el destino glorioso del pontífice León XIII.

Dosel el primer momento de su reinado abarcó, con su mirada de aguja, la situación del mundo. Le vió alzado todo el contra la cruz, que, cubierta de luto, no parecía la misma que, enarbolada por Constantino, había brillado triunfante sobre la orgullosa cima del imperio romano.

No había fuerte ni trinchera que no estuviese en poder del enemigo. La ciudad de las históricas grandezas no era ya la cinta del mundo, sino la humilde capital de un reino. La formidable Alemania, vestida de hierro y coronada de laureles, quería rematar la obra de su predominio arrastrando á la Iglesia á los pies de Lutero. Francia, caída y desmembrada, ya que no atento para tomar venganza de su rival, tentó para fastigar á los institutos religiosos, para expulsar á Cristo de las escuelas y para permitir que ni aun el nombre de Dios, grato á toda criatura, se pronunciase jamás por los representantes de la autoridad pública.

Rusia seguía azotando á los católicos;

Inglaterra continuaba sorda á los clamores de Irlanda; España, derrochaba su ingenio en las disputas que tanto interesan á todos los pueblos decadentes; y casi puede decirse que en la vasta redondez de la tierra no hallaba el Pontífice un solo cuerpo de legiones que con qué acometer la ardua empresa de reconquistar el mundo para el Papa.

Pero el Papa halló en sí mismo un arma invencible: su palabra.

Dios, que lo ilumina, y la prudencia y la razón, que viven como en morada propia en aquél entendimiento, sobre el cual no dejan los años mas bueña que la del tributo de su respeto, pusieron en sus labios dulcísimos acordes, notas de celeste armonía, eco de aquél maravilloso cástico que extremeció los aires de Júpiter en la noche, sin par que fué aurora de la redención humana: *Paz en la tierra á los hombres de buenas costumbres*.

Su primera encíclica es una apología de la iglesia y un llamamiento universal á todos sus hijos, para que vuelvan al regazo de la Madre, donde únicamente pueden hallar consuelo á sus angustias, remedio á sus dolencias y solución á los terribles problemas de la vida social.

En la segunda penetra con segura mano en los tenebrosos principios socialistas, y al mismo tiempo que los reduce á polvo, proclama el deber de la obediencia á los poderes de la tierra y afirma de nuevo que sólo en el catolicismo hallará su salvación esta sociedad, amenazada de muerte por los hijos de las tinieblas.

Más tarde explica maravillosamente la constitución cristiana de los Estados.

Luego define y depura el verdadero concepto de la libertad; después señala con precisión incomparable los principales deberes de los cristianos en sus relaciones con el Estado civil, y entre unas y otras enseñanzas, no se le olvida marcar á la ciencia los derroteros del antiguo saber en nombre del Aquila de Aquino, cuyo estudio recomienda á la juventud para que se provea de armas invencibles con las que luchar en el campo abierto de la filosofía.

Suenan todavía las cadenas de la esclavitud en alguna parte del mundo. León XIII escribe su encíclica *Catolicorum ecclesiarum pidiendo la libertad de los esclavos*.

Revolvérense cada vez con más encinas las pasiones de las clases obreras, y tiemblan los capitales en manos de los poderosos? Aparece la prodigiosa encíclica *Rerum Novarum*, que arranca a pobres y ricos vitoryas entusiasmadas de admiración, y conquista á su egregio autor el glorioso sobrenombre de *El Papa de los obreros*.

Hay quien insiste en asociar la Iglesia, con lazo indisoluble, á las antiguas formas de gobierno. Manda al cardenal Lavigerie que brinde por la república, á la sombra de la bandera tricolor y á los vibrantes acordes de la Marsellesa, y á poco dirige á los católicos franceses aquella carta cien veces ratificada, en que se les ordena la adhesión sincera y leal al régimen constitucional.

Obra gigantesca de restauración y de paz en todos los órdenes de la vida humana! Concordia entre la sociedad y la Iglesia; concordia entre los que mandan y los que obedecen; concordia entre los patronos y los obreros; concordia entre la fe y la ciencia, entre el cristianismo y la democracia; y por si no fuera bastante, al adusto canciller de hierro, que pretendía oponerse á esta labor pacificadora con su fanatismo de latrante, y su orgullo de cesarista, le obliga hábitually, por medio del centro alemán, á doblar la cerviz de befalo irritado y á reconocer que León XIII es el primer estadista de su tiempo.

El primer estadista! Ha algo más: en esta época en que la ciencia se llama positivismo, el arte naturalismo, la influencia oro, el poder fuerza y la divinidad materia cósmica; en esta Europa que marcha fatigosamente por el incierto camino de su historia, abrumada bajo el peso de tantos cabones y de tantas escuadras de acero, León XIII no es solo un estadista eminente; es la riva representación del espíritu, dominador

de las ciegas brutalidades de la materia; es el orfeón moral reclamando sus derechos de soberanía; es el ideal humano sometido á las leyes divinas; es la palabra, es el verbo hecho carne que, como en otro tiempo, á las orillas del mar de Tiburciades, dice á todas las gentes: «Bienaventurados los humildes, bienaventurados los pobres, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los que han hambre y sed de justicia...»

Justicia, misericordia, pobreza, humildad: he ahí las soluciones del estadista... ¡Así de Cristo, que habla por boca de su Vicario!

VALENTÍN GÓMEZ

## RECUERDOS DE LA VIDA DE LEÓN XIII



A familia Pecchi, oriunda de Sena, y de la más ilustre nobleza de aquella república, tiene su solar en Carpineto, lugar de los monjes Lepini, donde fueron los condes de Pecchi hace trescientos años a buscar protección y refugio contra las facciones que se habían declarado sus enemigos en su ciudad natal.

Este destierro colectivo no amenguó el brillo de la casa, que en los Estados Pontificios siguió figurando entre las patricias, poseyendo riendas patricias, y dando á la Iglesia, a la ciencia, a la diplomacia y a las armas hombres esclarecidos y verdaderamente notables. Entre los antepasados de León XIII los hay santos, prelados, jurisconsultos, diplomáticos, maestres de campo de los toros españoles y coronados de los regimientos papalinos.

El solar de la familia es una mansión señorial, deexas que tan admirablemente describió nuestro Pedro Antonio de Alarcón, y que tienen ancho y hermoso patio, rodeado de columnas de piedra, inmenso portón y regia entrada, coronada por el escudo, que apenas se descubre bajo las hierbas con que la ostentación ha querido adornarla.

La villa de Carpineto, agreste y miserable, de casas bajas y pequeñas, no ofrece más construcción notable á los ojos del viajero que el palacio de los señores, como allí llaman por Antoniomas á los Pecchi, todos los cuales han nacido y crecido en aquella venerable morada patria, rodeados del cariñoso respeto de sus vecinos; y de ella han salido en la edad conveniente para luchar, y renacer las mas de las veces, en los más grandes y visibles toritos del mundo y de la historia.

Estas circunstancias de nacimiento y educación han influido extraordinariamente en el carácter moral de León XIII: estadista, sacerdote, gobernador, presidente, nuncio, cardenal y pontífice hasta poeta latino, político y autor de encíclicas, en León XIII se descubrió siempre la huella indeleble de los buenos señores, que docían nuestros antepasados: en cuanto ha hecho, hablado y escrito, ha puesto su sello de distinción suprema, propia e inalienable de las gentes patrias... Pio IX era un Pontífice popular; León XIII es un Pontífice aristocrático...

Pero de aristocracia cristiana, que es una altísima y muy simpática manera de ser democrática amigo del pueblo. Oíd como el difunto cardenal Pecchi trazaba el retrato de su madre, la pedrosa señora Ana Prosperi Buzi, condesa de Pecchi: «Era sumamente cariñosa con los pobres; siempre estaba trabajando para ellos. En tiempo de carestía les preparaba grandes hornadas de pan. Siendo nuestros campesinos muy aficionados á la polenta, ella misma ayudaba á sus criados en la disposición de grandes calderas de aquella manjar. Todo se ordenaba bajo su dirección inmediata, y tenía cuidado especialmente de los enfermos que no podían venir a recoger su ración, no olvidando tampoco á los agonizantes; era el alma de toda buena obra que seemprendía en la población. Mucho hizo por Carpineto; pero derramó principalmente sobre nosotros, sus hijos, los tesoros de su virtud y hermosísimo corazón.»

En esta escuela se educó el Pontífice, y de este modo es el aristocrata. La más exquisita corrección en todos sus actos; la más elegante y natural distinción en sus maneras, en su conducta, en sus palabras y en sus escritos: en su poesía, Horacio por modelo; en su política, la paz por fin y la prudencia por instrumento; en su enseñanza pontifical; la Iglesia proyectando directamente sus rayos de luz sobre los reyes, sobre los gobernantes, sobre el mundo sabio, sobre todas las cimas de la sociedad, para que de estas cimas se difundan su calor y su luz sobre la muchedumbre... León XIII no es de los que apelan al pueblo; lo sabe que revolver el pueblo, es agitar pasiones tumultuosas, desencadenar los horrores de la demagogia; lo quiere todo pacífico y organizado bajo la suprema ley de la gerarquía, esto es, cada cosa en su puesto, cada hombre en su lugar; lo que debe estar arriba, arriba; lo que debe estar abajo, abajo; se cruzará no es de la de Pedro el Ermitano, muchedumbre colectiva que parece miserabilmente por los caminos de Jornadas; es la de Godofredo, guizada por principes y magistrados, en la que el entusiasmo no produce el desorden, sino la disciplina, y la única que triunfa, conquistando la tierra prometida.

Desde sus primeros años descolgó León XIII por las cualidades y virtudes que más tarde habría de admirar en el mundo entero.

En el colegio de los jesuitas de Viterbo distinguíos por su compostura, apliación y texto perfecto con sus maestras y condiscípulas. Era el más avanzado de los alumnos en el estudio de las lenguas y literaturas clásicas, y bien pronto la complazca, ideal y fruto de la poesía helénica, atemperó sus entusiasmos juveniles, rediseñándolo á la música, madre del gusto, depurado y exquisito.

León XIII compuso el elegante epítafio lat no para el sepulcro de su madre, la condesa Ana, y otras muchas inscripciones y poesías clásicas, cuando aún no habían cumplido los veinte años.

En el colegio Romano se conservan dos nastas, correspondientes al año de 1830, atestiguadoras de los éxitos conseguidos por el joven cardenal Joaquín Vicente Pecchi en los tornos académicos y ejercicios escolásticos.

León XIII, no solo siguió la carrera eclesiástica en toda su extensión, sino que cursó además la de ambos derechos, obteniendo el título de doctor in iure canonico y un premio en metálico, ganado en público certamen jurídico. La Real Academia de Jurisprudencia de Madrid, que ha contado entre sus socios de honor al emperador de Alemania, Federico, también doctor en Derecho, no debería olvidar que en el trono mas alto de la tierra se sienta un soberano digno sucesor del gran jurísculo Benedicto XIV.

León XIII, primero de los pontífices que después de una larga serie de siglos no ha ejercido el poder temporal, aspiró en cambio desempeñando lucida y gloriosamente cargos temporales: fue delegado apostólico, lo que equivalía en los Estados Pontificios a gobernador civil, en la provincia de Benevento, una de las mas revueltas, guerreras y miserables del patrimonio de San Pedro.

Se gobernó, que duró tres años, con gloria. La provincia estaba infestada de bandoleros. El delegado los persiguió de muerte hasta exterminarlos.

Había allí un jefe de bandoleros, llamado Pascual Cobella, que, por su audacia, su crucez y las elevadas pretensiones de que disfrutaba, era el verdadero rey de los campos de Benevento, como Manuel I fue rey de los campos de Cuba. Pero el ominoso reinado del Pascual tuvo trágico término en cuanto el joven cardenal Pecchi puso mano en el gobierno de la provincia. La gendarmería, dirigida personalmente por el futuro Pontífice, ocupó todos los caminos, registró las sierras, acorraló a los bandoleros; y estos no tienen otro remedio que guardarse en una especie de cuevas, en un nido de agujas, llamado Villa de Ascasibar. Así allí el gobernador con la gendarmería, y se estableció un verdadero sitio. Y después del sitio, el asalto, que fue terrible, sangriento; Pascual, al cabo tiene que darle prisionero con los católicos que lo acompañaban.

Pero los bandoleros eran con un alto y encubierto protector. Entre estos, su marques, gran terrateniente de la provincia, se presenta sufrido en el palacio de la delegación. Según el casticu, el delegado se ha excedido en sus atribuciones. El joven Pecchi quiere convencerlo de que la ley es ley, los bandoleros son bandoleros, y de que su gobernador debe prender á los ladrones. Pero igual, aunque posea los talentos y la elocuencia de León XIII, puede convencer de cosa alguna, y más si es razonable, a un marqués, gran terrateniente y casticu por asiduidad! Los que sean o hayan sido gobernadores de algunas provincias españolas, que contesten á esta pregunta.

El casticu de Benevento apeló á la última razón de que suelen usar los de su calidad:

«Pues bien —dijo— yo iré á Roma; soy muy amigo del cardenal Tal y del cardenal Cicali, y dentro de pocos días estará de vuelta con la destitución de usted.»

—No me parece mal —contestó el energético delegado— pero tenga usted en cuenta que antes de entrar en el Vaticano, habrá de pasar por el castillo de Sant' Angelo.

Tal es el hombre que la Providencia ha colocado en la más alta cima moral del mundo moderno; el hombre que si para los católicos es el Vicario de Jesucristo en la tierra, para todas las gentes y para la historia universal será una de las más grandes figuras del siglo xix.

ANGEL SALCEDO.

## LEÓN XIII

## OPINIONES DE LOS CONTEMPORÁNEOS

«Se necesitaba un Pontífice que fuese hombre de mucho valor, y al mismo tiempo gran teólogo, diestro diplomático, sacerdote sin mancha y administrador eminentemente joven y de salud que prometiese largos años de vida; finalmente, que fuese inniudadoso como desinteresado; tan diversas cualidades solo encontraron reunidas en la persona del cardenal Pecchi.

León XIII merece ser considerado entre los Papas más notables: que han brillado en la historia.»

FEDERICO MASSEU.

«La encíclica *Rerum Novarum* es una maravilla de elevación de pensamiento, de justicia, de prudencia, de elegancia, de energía, de delicadeza y de justa ponderación entre los intereses más contradictorios.»

EMILIO OLLIVIER.

«La encíclica *Rerum Novarum* es el punto culminante de la carrera pontifical de León XIII.»

«La encíclica *Rerum Novarum* es la carta económica del mundo moderno, y como el párroco del futuro orden social.»

*Le Soleil.*

«León XIII es un soberano sin corona, sin territorio, sin ejército, y sin embargo, encarna una potencia tan grande, que no parece de este mundo.»

AUGUSTO BOUCHER.

«El papado con León XIII ha conquistado en la historia un puesto del que se lo creía desposeído para siempre.»

MELCHOR DE VOGUÉ.

«Desde el advenimiento de León XIII, el papado se ha engrandecido. El Vaticano es hoy uno de los centros diplomáticos más activos de Europa, en que se tratan las más graves cuestiones y los más grandes negocios. El Papa interviene, ya públicamente, ya por medio de secretas influencias, en el movimiento político de todos los países civilizados.»

LAVELEY.

«Pío IX era orador, y León XIII es escritor. Esto señala la diferencia entre los dos Papados: Pío IX se abandonaba á la inspiración; León XIII no deja nada al entusiasmo.»

LUIS YESTE.

«El imperio tiene que tratar con León XIII, con ese hombre justo y poderoso que reside en Roma.»

BISMARCK.

Si Pío IX simbolizó como ninguno la época que acababa de desaparecer sumergiéndose en los abismos de la historia, al realizar por acaba su papel de *mártir de la recobración* que la profecía le asignaba al sonicular de antemano con el tema significativo de *Cruz de Crucifixión*, León XIII personaliza como nadie la edad que nace como aurora del porvenir sobre los horizontes actuales de la vida, confirmando el título de *Luz de cielo* con que la misma profecía le designó, adivinándole entre los constituyentes de lo futuro.

Con efecto: como *luz encendida de lo alto*, el Pontífice de Santo Tomás de Aquino, que sucede al Papa de la Inmaculada Concepción, ilumina con los rayos del sol de la Iglesia todos los principios, todas las cuestiones, todos los problemas y todas las realidades entre que se agita la sociedad contemporánea en esta época de transición, que con tantos temores como esperanzas estamos atravesando.

Sereno como la verdad, que toma su fuerza de sí misma, señala con mano firme y tranquila el derrotero de todo humano y divino saber, el andar de toda presente dificultad y la solución única de toda actual contingencia.

Sus encíclicas, en que bajo la forma accidental de los clásicos, modelos eternos del estilo, palpitá la forma substancial de las verdades reveladas, desenveladas por las magistrales enseñanzas de la ciencia tomista, son un acabadísimo tratado de todo lo fundamental, que es necesario conocer para hallar la verdad en el camino de la vida, entre las voces y los gritos de la revuelta polémica contemporánea, y sus obras religiosas, políticas y sociales; esto es, su conducta en el gobierno supremo de la Iglesia y en la dirección y guía de la cristianidad, es la elevada y práctica aplicación de sus encíclicas.

De Pío IX, dijo Lacordaire que el día en que Italia, salvada de la irreligión, que la libertad vuelva la vista hacia sus destinos realizados, la figura de un gran Pontífice se lo aparecerá ante los ojos, y justa, aunque tardíamente (si alguna vez es tarde para hacer justicia), levantará una estatua al Washington que la Providencia le había concedido y que ella rechazó.

Pues no de menos acertada manera se podrá en este tiempo decir de León XIII, que el día en que la civilización europea, salvada por la aplicación estricta de las verdades evangélicas de la barbarie que la amenaza, vuelva la vista hacia su maravilloso esplendor después de la pavorosa crisis que atravesó, saldrá llena de amor y de entusiasmo la figura del gran Pontífice que la Providencia le deparó, para mostrarle con sus inmortales enseñanzas el puerto seguro de salvación para sus brillantes destinos.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Madrid 7 de marzo de 1891.

Se quiere arrojar de Roma al Papa. Si parte, volverá, o se arruinará el Vaticano y aplastará al mundo. Las piedras del Vaticano destruido rodarán por la tierra destruyendo los tronos, las casas y las tumbas. Con sus restos apoderará Dios al género humano. Cuando aquella casa perecerá, no habrá más casa, y será necesario reconstruirla o perder.

UN DISCÍPULO DE SAN FRANCISCO.

## ¡PARA LUEGO!

### CUENTO

N o eran impios; pero lo menos la impiedad que a los impios de la pasión bestial o de la trascendencia grosera se escapaba a veces de sus labios, más que de los oscuridades teocrazivas de sus entendimientos, brotaba de los temibles rebeldías de su voluntad. Los miedos y el que no se le diera la oportunidad de hacerme daño.

Aun lo de ser de heredades, antes lo habían ellos aprendido en malas compañías y en malas costumbres, que sentían de intimamente en la entraña y nervio motor de su existencia, como siente el verdadero enfermo el dolor que le sufre, y el verdadero delincuente el pecado o crimen que le infama.

Todos, cuál más, cuál menos, aun en medio de los turbos, resbalones y tropiezos de su existencia, habían tenido abierta por más o menos tiempo esa ventana luminosa á la felicidad, que Dios no cierra definitivamente á criatura alguna.

Todos, con ser pobres y miserables, y aun viciosos, y con estar reunidos aquella noche, como tantas otras, en la pestilente taberna del señor Trifón, no tan pobre, pero si más vicioso que todos ellos juntos, habían recibido su parte de herencia nica o grande, pero herencia al fin, es el caudal común de aspiraciones y de afectos de que el alma racional puede hacer uso cuando quiere, para su breve peregrinación por la vida.

Pero los habían predicado tanto y tan bien que ésta no es peregrinación, sino estancia, y que lo único certo es lo que queda del lado allí del cementerio, que todos, con el señor Trifón a la cabecera y no que el señor Trifón por tragar y masticar, se los echaron trogando a todos como gigantescos espaldones del asqueroso vino que les servía; y habían venido a reconciliarse; ¡Dios los perdone! que esto, lo otro, y una de más alta, oírse malo... No os ríais—añadió, sonriendo el mismo tratoamiento de la bestialidad de sus metaformas,—no os riáis, que estas cosas... estos avisos digo, vienesas de pronto, y nos sacan de una x y nos iluminan, o nos dejan ciegos para siempre.

—Y yo... —exclamó uno de los grupo, arrastrado a pensar suyo por la natural inclinación de aquel pobre apóstol,—tú, ¡jeduo recibiste el aviso?

—Yo... yo... —brilló el Obispo, sonriendo, apartando con la mano el vaso traído que lo acostumbraba otra vez los compañeros y limpiándose primero los ojos, que ya nublaban algunas lágrimas, y después la boca, que mostraba con terrible expresión, un gesto de repugnancia evidente, aunque tardío—yo lo he recibido de la misma muerte.

—Habé! No disparates.

—De la muerte, digo, y de una muerte, ¡ay! Dios! de una muerte de que yo tenía que dar cuenta a la trinidad; ¡dudo bien, cuenta muy oscura.

—¡Yo interumpí! —dijo en voz baja uno de los concursantes—vá a hablar de su mujer, y sobre esto punto ya sabéis que no bromas.

—No me debía nada la pobre, y yo se lo debía todo—ampió testamento, pasándose otra vez la mano por los ojos—a primera voz que me habló con cariño; los primeros ojos que me miraron con ternura; la primera mano que se posó en mi hombre en señal de paz, de confianza y de abandono fueron suyas, y suyo fue también mi primer amor, mi primer aliento y mi primera, mi única esperanza. Con quererla, era que hacía todo lo que tenía que hacer por ella, y eso, si, la quisiera tanto y tan mal, que la hice desgraciada para toda su vida; porque ella, la infeliz, no pudo nunca consolarse de aquella falta que, no por ella, sino por mí, había cometido. Así vivimos el primer hijo... y... y... yo me lo que más me costó sentí al oír entre miseras y polteras el primer quejido de un pobre que viene a sentarse a vivir a mi casa y a pedirnos un pedazo de pan que de derecho le corresponde. Por malo que sea yo, y por desalmado y por vicioso, parco que darle la sangre de nuestras venas y la carne de nuestro cuerpo, sería poco darlo, y yo le di a aquel hijo lo que estornudos... bestia de mi creación, que yo valía más que mi sangre, y mi carne y mis entrañas; lo di mi liberando; me case con mi madre, la cual todavía, ¡perdóname mi dios! me dio las gracias, como si yo no hubiera hecho un favor muy grande.

Pero ¡que caro pago aquel favor!

Dende aquél momento, como si tuviera salidas con alma todas mis entrañas, mi vida entera se convirtió en una especie de consagración para atormentarme; hasta el amar de aquél hijo, que yo creía eterno, se convirtió a contenerme en mis vicios, si dico mi carácter, mi templo más temeroso... Y claro está; compadecido Dios de sus penas y luto de mí y de mis pecados, se llevó aquel hijo, que yo no había sabido querer, y me arrebato aquella mujer de mi alma, que yo nunca había querido a respetar.

Habíase... solo entonces, y al verla en su lecho de muerte, conteniendo las lágrimas por el hijo perdido y tratando de soñar a otro nuevo ser que por tan tristes pueras llamaba á la vida, empujó áclarárselo la inteligencia y a ablandárselo el corazón, y por un milagro de Dios pud... ser digne por su momento, nada más, de recoger sus últimas palabras, dichas, ray de mi... como las primeras que me dirigieron sus labios, no para consolarme de sus penas, sino para confortarme en las mías.

—No lloro, Juan —me dijo,—no lloro, ni me pides perdón, pues nada tengo que perdonarte. Dios nos perdona a todos, te he querido, te he dado mi alma, te procurado conquistar la tuya... no... no perdido el tiempo. No te pido más que no me olvides y que no te olvides del Dios al que tú y yo tanto hemos oteado.

—¡Y quien te ha enseñado esos molinardos! —Me ha enseñado mi desgracia—murmuró en voz sorda el Obispo, apartando el vaso que tenía encima de la mesa—mi desgracia, que ni una sola vez ha dejado de castigarme, no en aquello, no, en que yo había pecado, sino en cosas que yo dejaba a salvo, que crea a salvo de mis manos; porque jamás las habré empujado; malitas cosas sean; en otra cosa que no acarriarían o no hacían fechoras... a mi amo.

—¡Como que eres tan suave de genio!

—Yo me entiendo, y los que me conocen me entienden también, si los de la gama de entenderme. Yo te salvo; me río de los hombres, y de sus bajas, y de su fuerza... cuando puedo... Digo, que no me asustan los hombres, ni te tengo miedo a la ley, tan estricta a veces, y tan falsa, y tan mentirosa como los hombres mismos; pero lo bueno, lo bueno, y lo malo, es malo, pasa a los hombres y las leyes; y a... que estas no alcanza, alcanza la mano de Dios, que pesa sobre todos nosotros, buenos o malos, o para condenarnos o para salvarnos.

—¡Y cuando os esot! —exclamó con cinica expresión el tabernero, que, con la guitarra conquistada batió las cejas, como si conservara en depósito cerrado la enorme cantidad de torpes vulgaridades y enrojecidos errores de voluntad y de entendimiento que se amaban debajo de ella, se acercó á la mesa para tomar parte, según costumbre, en la convocatoria de sus parroquianos, —porque si me lo das para muy largo—añadió, acompañando un bostezo, con un tremendo tacon.

—Déjalo hablar a Juan, y no te metas con él, Trifón! —exclamó uno de los del grupo, que yo no llamaré á Juan, el Obispo, en aquella ocasión, demostrando por cierto respeto, hijo de la convicción o del miedo.

—No hay cuidado que á mí me haga callar nadie, por muy bruto que sea—dijo el Obispo, levantándose de la mesa con no muy tranquilidad además; pero como arrepentido de su violencia, volvió á sentarse en seguida, requirió otra vez el vaso, perdidamente lleno

por la mano misma del tabernero, y le vació de un trago, sin añadir por entonces una palabra más; las ya pronunciadas,

—Vamos, Juan no te enfades, hombre—dijo su amigo.—No jugas caso d' señor Trifón. El y nosotros te queremos de veras, y al fin que no te das cuenta de que no es la hora ni el que me das la hora de hacerme daño tarde o temprano tus palabras.

—Eso, si—exclamó el Obispo, algo más tranquilo, pero habiendo con la trabajosa observación de la borrachera—tarde o temprano... o... precisamente... y ahí está el punto de la cosa... tarde o temprano... o que llego a punto, como dijo el otro, porque si es tarde... iban más nosches! Es eso en lo que hay que tener los cinco sentidos y el aquél de la gracia, en que aprovecho y saco en una sonrisa hecha á tiempo, o como un punto bien aplicado, ¡Dios me perdone!, nos devienta de pronto un gran perdonete en perdón, o nos saca de raíz de un dolor de muelas, haciéndole largar por la boca el hueso malo... No os ríais—añadió, sonriendo el mismo tratoamiento de la bestialidad de sus metaformas,—nos sacan de raíz de muelas y nos iluminan, o nos dejan ciegos para siempre.

—Eso, si—exclamó el Obispo, algo más tranquilo, pero habiendo con la trabajosa observación de la borrachera—tarde o temprano... o... precisamente... y ahí está el punto de la cosa... tarde o temprano... o que llego a punto, como dijo el otro, porque si es tarde... iban más nosches! Es eso en lo que hay que tener los cinco sentidos y el aquél de la gracia, en que aprovecho y saco en una sonrisa hecha á tiempo, o como un punto bien aplicado, ¡Dios me perdone!, nos devienta de pronto un gran perdonete en perdón, o nos saca de raíz de un dolor de muelas, haciéndole largar por la boca el hueso malo... No os ríais—añadió, sonriendo el mismo tratoamiento de la bestialidad de sus metaformas,—nos sacan de raíz de muelas y nos iluminan, o nos dejan ciegos para siempre.

—Eso, si—exclamó el Obispo, algo más tranquilo, pero habiendo con la trabajosa observación de la borrachera—tarde o temprano... o... precisamente... y ahí está el punto de la cosa... tarde o temprano... o que llego a punto, como dijo el otro, porque si es tarde... iban más nosches! Es eso en lo que hay que tener los cinco sentidos y el aquél de la gracia, en que aprovecho y saco en una sonrisa hecha á tiempo, o como un punto bien aplicado, ¡Dios me perdone!, nos devienta de pronto un gran perdonete en perdón, o nos saca de raíz de un dolor de muelas, haciéndole largar por la boca el hueso malo... No os ríais—añadió, sonriendo el mismo tratoamiento de la bestialidad de sus metaformas,—nos sacan de raíz de muelas y nos iluminan, o nos dejan ciegos para siempre.

—Eso, si—exclamó el Obispo, algo más tranquilo, pero habiendo con la trabajosa observación de la borrachera—tarde o temprano... o... precisamente... y ahí está el punto de la cosa... tarde o temprano... o que llego a punto, como dijo el otro, porque si es tarde... iban más nosches! Es eso en lo que hay que tener los cinco sentidos y el aquél de la gracia, en que aprovecho y saco en una sonrisa hecha á tiempo, o como un punto bien aplicado, ¡Dios me perdone!, nos devienta de pronto un gran perdonete en perdón, o nos saca de raíz de un dolor de muelas, haciéndole largar por la boca el hueso malo... No os ríais—añadió, sonriendo el mismo tratoamiento de la bestialidad de sus metaformas,—nos sacan de raíz de muelas y nos iluminan, o nos dejan ciegos para siempre.

acercó al señor Juan, y poséndole la mano sobre el hombro:

—Ya es tarde, padre—le dijo con voz muy dulce y cariñosa, sin mezcla de acusación ni de reproche.

—Si, muy tarde—exclamaron á su vez todos los comensales, apartándose instintivamente y con cierto respeto del grupo que el padre y la niña formaban.

—Si, mucha razón—articuló lenta y trabajosamente el Obispo, levantó dese, no sin cierta dificultad, de su asiento, y cogiendo con suavidad la mano de la niña, como si en vez de ser galante y protegido por él, fuera él, el Inteligible, su protector y escudo,—tarde—añadió, mirando á sus compañeros con la bestial fizura de la bestialidad, que no había disipado del todo en cerebro la memoria de las pasadas impresiones—necesito que nos dejen a solas, ya demasiado tarde, y, sin embargo, podíamos bien de la que ya he dicho por boca de aquél Messias: «que nos preparamos para la muerte».

S. DE LINIERS.

## LA IGLESIA CATÓLICA

### FRAGMENTOS DEL POEMA

Salve, Roma imperial! viva tu frente de cien vencidos pueblos la corona;

so riesgo á tu costado las naciones;

la regia de la luce y el Océano;

y la abrasada zona,

recorren victorias las legiones;

tus bellos hermanos

en el Jordán abrevias y en el Sena,

y su golpe rápido extiende

la tierra de los viejos Farao;

y los vergüenzas de la patria helada;

el britón obedece;

y, tras la lucha titánica, asombrado

de tu poter, que todo lo avasalla,

así la lucha y la lata;

el caníbal fértil, nubio domo;

Tus naves altanoras

del ancho mar opriment los espacios,

lluvias, o de siles playas y riberas

ote, marmoles, brotes y maluras

por sus cercos, fortalezas y palacios,

tus Césares son áureos del mundo,

tus procesionales rayos,

que dan color a tu patria opulenta;</



NUNCIO DE S.S.



CARDENAL MONESCILLO.



MONSEÑOR RAMPOLLA.



EL P. ZEFERINO GONZALEZ.



El Dr. Guillermo Tischer era una de las figuras más notables de la ciencia dental. Nació en los Estados Unidos, estudió en Alemania, llegando en la judicatura a ocupar los primeros puestos. Se afilió como voluntario al ejército nacional de su país llegando hasta Coquimbo. Regresó después la carrera que le ha dado tantos honores con Albert, Le Roy, Little y otros importantes. Trabajó con gran ferocia en New York, Buenos Aires, Méjico, Puebla, Veracruz y Madrid, donde se estableció en 1877. Murió en su posesión de Lierganes, sentido de todos. Hoy atiende a su numerosa clientela sus discípulos y ayudantes en la CALLE DE ALCAZAR, 10, ENTRAMIENTO, MADRID, con la perfección y sencillez que su maestro Tischer.

